

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Juan Pablo II

Mensaje

LXXVIII JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2004

Eucaristía y Misión

24 de octubre de 2004

Queridos hermanos y hermanas:

1. El compromiso misionero de la Iglesia constituye, también en este comienzo del tercer milenio, una urgencia que en varias ocasiones he querido recordar. La misión, como he recordado en la Encíclica *Redemptoris Missio*, está aún lejos de cumplirse y por eso debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio (cf. n. 1). Todo el Pueblo de Dios, en cada momento de su peregrinar en la historia, está llamado a compartir la «sed» del Redentor (cf. Jn 19,28). Los santos han advertido siempre con mucha fuerza esta sed de almas que hay que salvar: baste recordar, por ejemplo, a santa Teresa de Lisieux, patrona de las misiones, y a monseñor Comboni, gran apóstol de África, que he tenido la alegría de elevar recientemente al honor de los altares.

Los desafíos sociales y religiosos a los que la humanidad hace frente en estos tiempos nuestros motivan a los creyentes a renovarse en el fervor misionero. ¡Sí! Es necesario promover con valentía la misión *ad gentes*, partiendo del anuncio de Cristo, Redentor de cada criatura humana. El Congreso Eucarístico Internacional, que será celebrado en Guadalajara, en México, el próximo mes de octubre, mes misionero, será una ocasión extraordinaria para esta unánime toma de conciencia misionera alrededor de la Mesa del Cuerno y de la Sangre de Cristo. Reunida alrededor del altar, la Iglesia comprende mejor

en todos los ambientes el gran don recibido. De hecho, quien encuentra a Cristo en la Eucaristía no puede no proclamar con la vida el amor misericordioso del Redentor.

3. Para vivir de la Eucaristía es necesario, además, demorarse largo tiempo en oración ante el Santísimo Sacramento, experiencia que yo mismo hago cada día encontrando en ello fuerza, consuelo y apoyo (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 25). La Eucaristía, subraya el Concilio Vaticano II, «*es fuente y cumbre de toda la vida cristiana*» (*Lumen gentium*, 11), «*fuentes y culminación de toda la predicación evangélica*» (*Presbyterorum ordinis*, 5).

El pan y el vino, fruto del trabajo del hombre, transformados por la fuerza del Espíritu Santo en el cuerpo y sangre de Cristo, son la prueba de «*un nuevo cielo y una nueva tierra*» (Ap 21,1), que la Iglesia anuncia en su misión cotidiana. En Cristo, que adoramos presente en el misterio eucarístico, el Padre ha pronunciado la palabra definitiva sobre el hombre y sobre su historia.

¿Podría realizar la Iglesia su propia vocación sin cultivar una constante relación con la Eucaristía, sin nutrirse de este alimento que santifica, sin posarse sobre este apoyo indispensable para su acción misionera? Para evangelizar el mundo son necesarios apóstoles "expertos" en la celebración, adoración y contemplación de la Eucaristía.

4. En la Eucaristía volvemos a vivir el misterio de la Redención culminante en el sacrificio del Señor, como lo señalan las palabras de la consagración: «*mi cuerpo que es entregado por vosotros... mi sangre, que es derramada por vosotros*» (Lc 22,19-20). Cristo ha muerto por todos; el don de la salvación es para todos, don que la Eucaristía hace presente sacramentalmente a lo largo de la historia: «*haced esto en recuerdo mío*» (Lc 22,19). Este mandato está confiado a los ministros ordenados mediante el sacramento del Orden. A este banquete y sacrificio están invitados todos los hombres, para poder, así, participar de la misma vida de Cristo: «*El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí*» (Jn 6,56-57). Alimentados de Él, los creyentes comprenden que la tarea misionera consiste en el ser «*una oblación agradable, santificada por el Espíritu Santo*» (Rm 15,16), para formar cada vez más «*un solo corazón y una sola alma*» (Hch 4,32) y ser así testigos de su amor hasta los extremos confines de la

ofrecen a la nueva evangelización y a la misión *ad gentes*. Invito a apoyarlas espiritual y materialmente, para que el anuncio evangélico pueda llegar a todos los pueblos de la tierra.

Con tales sentimientos, invocando la materna intercesión de María, "Mujer eucarística", os bendigo de corazón a todos.